

de la Iglesia de Dios? ¡Ah, imposible! Yo sé que la incredulidad se levanta orgullosa para decirnos: me pertenece el mundo, la opinión pública, la muchedumbre. ¡Oh! ¡Vanas palabras! ¡Ruido de voces que se pierden! ¿Qué es la muchedumbre? ¿Quién no la engaña? ¿Quién no la seduce? ¡Ah, mis hermanos! Desde el tiempo de Jesucristo es ya muy viejo en el mundo el argumento de la muchedumbre. Ya veis que son siempre burlados: hoy aclaman al Salvador en las calles de Jerusalén y á los tres días piden en el Preterio que sea crucificado. Y luego ha escrito el Espíritu Santo que es infinito el número de los necios; y aún cuando no fuera verdad ¡oh Dios de los escogidos! ¿acaso podría nunca la incredulidad arrancar al cielo uno sólo de sus triunfos, cuando los divinos labios han pronunciada estas palabras: "Uno sólo de tus cabellos no perecerá". Mientras que el Moisés de la ley de gracia con dulce y apacible majestad, encumbrado sobre la montaña santa, presente al mundo las tablas de la ley donde está escrita toda verdad; mientras el Pontificado cumpla su divina misión de enseñar al mundo la verdad, la verdad triunfará, porque la verdad es inmortal y el error esencialmente perecedero; y porque Dios que nos ha redimido, que nos ha santificado por las corrientes de su gracia, se digna habitar con nosotros en el tabernáculo de nuestros altares. Siendo ciertas las palabras del apóstol, no hay temor de que nos falte el pan de la palabra de vida que reparte desde las alturas del Vaticano el inmortal Pontífice, ni tampoco el pan que reparten los sacerdotes de Dios; no hay temor de que nos falten: los tendremos hasta la consumación de los siglos. Podemos vivir siempre en los tabernáculos de Sión, podemos comer siempre el pan de los fuertes, que robustece los brazos de los soldados de Cristo contra sus enemigos y vencerlos irremediamente; podemos alimentarnos con el pan eucarístico y cantar en el cielo,

entre las alabanzas que dirigirá la Iglesia á su inmortal fundador, una alabanza que resonará en los ángulos del cielo, por esta inmortal y divina promesa. "No temáis, discípulos míos, porque las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia."

A la guerra exterior se siguió la guerra interior, porque esta divina hija del cielo no puede vivir en paz por un solo instante; ese es su caracter de militante en el mundo: no la sorprenderéis, en uno solo de los momentos de su vida sobre la tierra, descansando tranquila sobre los laureles de su victoria. Sus inmortales triunfos son el principio de las guerras. A la guerra exterior sucedió la guerra interior: las herejías y los cismas, guerra más terrible aún que la que acabó; porque en la primera á lo menos conservaba la Iglesia la integridad de sus símbolos; y si amenazaban la vida de sus hijos que eran condenados á muerte, esa disminución de los fieles no la había hecho la apostasía, sino el ángel exterminador que cortaba sus cabezas para que reinaran en el cielo. Pero ya comienzan las defecciones de la apostasía: los nestorianos, los pelagianos y ese innumerable conjunto de herejías que niegan los dogmas fundamentales de la fe, que cuentan con el favor de los príncipes del oriente y del occidente, que levantan en todas partes templos contra templos, cátedras contra cátedras. La Iglesia anatematiza á las herejías y las herejías condenan á la Iglesia; el recurso de los Concilios es inútil para devolver la calma. En esta horrible tempestad, el pontificado mismo como que se anubla en esta noche por la que plugo á la Providencia que pasara su Iglesia santa. No se sabe donde está la verdadera sumisión al pontificado; y á favor de esa incertidumbre terrible, la Iglesia lleva una vida trabajosa, mientras todas las pasiones se conjuran contra ella; los Pontífices mismos aunque ponen toda su confianza en Dios, como que nada ven entre estas espesas tinieblas, y aunque tienen la fe firmí-

síma de que no perecerá la Iglesia, esperan llenos de temor y apresuran con sus oraciones la hora en que aparezca de nuevo en el horizonte el sol de la verdad, que disipe tantas tinieblas, que derrame la luz sobre los campos de la Iglesia, que señale donde están los fieles y donde los enemigos, que alumbre con sus ardientes rayos á los herejes, á los cismáticos, á los apóstatas, sosteniendo durante varios siglos esta lucha interior, lucha en la cual se purificaron como el oro en el crisol, se establecieron, se renovaron sus tradiciones, su disciplina y floreció el espíritu cristiano, vivificó los corazones y realizó la imposición pacífica de su blando y suave cetro sobre todos los Monarcas y sobre todos los imperios que produjo el admirable consorcio del Pontificado y del Imperio, la adhesión á la doctrina evangélica de las regiones de Europa, la conversión en masa, de los pueblos y de las naciones al reinado de Jesucristo, el triunfo de la cruz mirado ya con honor, con admiración y con respeto por todos los pueblos y naciones y ese semillero casi infinito de congregaciones religiosas de órdenes monásticas, de asociaciones de enseñanza. Esas admirables instituciones santificaron el hogar cristiano, suavizaron las costumbres; y la abolición de la esclavitud y las nociones del derecho, de la obediencia, de la justicia entenebridos por los pasados errores, adquirieron su brillo y esplendor. Pero pasaron los siglos, se acabaron esas grandezas, se eclipsaron esas glorias, volvieron las luchas antiguas: el Imperio tiene celos del Pontificado, pretende asaltarlo, se convierte contra sus propios intereses en enemigo suyo; favorece entonces todas las libertades y altivas independencias de la razón humana y comienza ya entonces á prepararse en la sociedad europea el sistema de la Enciclopedia, y la filosofía del siglo pasado pretende ahogar en un mar de desprecios y de discórdias al Catolicismo. No los temerá la Iglesia, mis hermanos; levantaráse al

frente de ellos; como en otro tiempo Isaías, encontrándose poseído de divina inspiración los desafiará arrojándolos en el campo de la historia, para vencerlos en la batalla. Sí; venid, venid, pues, de los cuatro ángulos de la tierra y congregaos al rededor de la ciudad fuerte; venid y congregaos falanjes todas de la incredulidad: ateos, materialistas, panteistas, sensualistas, todos sin excepción alguna. La Iglesia les dice: congregaos y seréis vencidos. Todos vosotros juntad los encontrados intereses de vuestras pasiones, las luchas de los partidos, las divisiones de los intereses siempre en lucha, los consejos de las pasiones, los diversos campos en los cuales os habéis colocado para satisfacer los intereses de vuestro propio partido; borrad todas las divisiones, todos los vicios, cuanto os pueda separar, unios todos en líneas compactas, en ejércitos ordenados; que no haya un punto de comunicación en esas filas por donde pase el enemigo; congregaos así; compartidos y dispuestos como un ejército ordenado en batalla seréis vencidos; que no haya arma vedada para vosotros: la mentira, el fraude, la calumnia, la hipocresía, la persecución, la espada, las riquezas, el poder de los grandes, la autoridad de los gobiernos, el prestigio de una falsa ciencia; todo os será lícito, os será permitido para que ningún enemigo escape de vuestras manos. Congregad todas las herejías, que no se oculte á vuestra atención ninguno de los medios posibles; el enemigo está al descubierto, sus armas son la fe, la esperanza, la oración, he ahí las palabras que salen de las bocas de los soldados de la Iglesia de Cristo. ¡Oh Señor! Estos que ves confían en el poder de su ejército, en el poder de su autoridad, en el poder de su dominación; nosotros, Señor, no tenemos confianza sino en tí.

